

## DOMINGO XXXI DEL TIEMPO ORDINARIO (Ciclo A)

Jesús nos brinda valiosas lecciones sobre la humildad y la autenticidad en nuestra vida espiritual.

Jesús comienza hablando de los escribas y fariseos, quienes eran considerados líderes religiosos de su época. Dice a la multitud que hagan lo que dicen, pero no lo que hacen, porque son hipócritas. Estos líderes religiosos se preocupaban más por su apariencia exterior y el reconocimiento de los demás que por su relación con Dios.

Esta es una lección esencial para todos nosotros. ¿Con qué frecuencia me preocupo más por cómo los demás me ven, que cómo me ve Dios? ¿Busco la aprobación de los demás, en lugar de la aprobación de Dios?

Jesús nos llama a la humildad. Nos dice que el mayor entre nosotros debe ser el siervo de todos. Esta enseñanza nos muestra que en el Reino de Dios, la grandeza se mide de manera diferente. No se trata de tener un título, posición o reconocimiento público. La grandeza radica en servir, amar y cuidar de los demás, sobre todo cuando nadie nos está mirando. La humildad es callada.

Dicen que el diálogo es hablar con otro de sus cosas y de las mías. Yo me intereso por lo tuyo, y tú te interesas por lo mío. Cuántas veces, hablando con otra persona, al rato nos damos cuenta de que sólo habla de él, él tiene que llevar la conversación, no me escucha, me corta cuando quiero decir algo, no me pregunta nada por mí, ni se interesa por lo que vivo ni por lo que siento, y encima, me da consejos que no le he pedido. Podemos estar hablando mucho rato, pero no ha habido diálogo. El humilde, casi nunca habla nunca de él, ni cuenta sus hazañas, sino que es el que te escucha, notas que se hace cargo de tus sentimientos, que te entiende, que entra en tu vida de puntillas y con mucho respeto, y que nunca te dice lo que tienes que hacer sin que se lo preguntes.

El que no es humilde, tampoco sabe rezar. Porque todo el rato habla de él, en lugar de abrir su corazón para escuchar a Dios. Y encima, se permite el lujo de dar consejos a Dios, o de sugerirle lo que debería hacer para seguir confiando en él.

La humildad es el fundamento de nuestra vida, de nuestras relaciones humanas sanas y de nuestra relación con Dios. La humildad no es propiamente una virtud, sino la forma de todas las virtudes. No hay ninguna virtud sin humildad. Cuando reconocemos de corazón que dependemos de Dios para todo, cuando somos conscientes de nuestras debilidades y limitaciones, cuando somos misericordiosos con las debilidades y defectos de los demás, es entonces cuando dejamos a Dios que entre y obre en nuestras vidas de manera sorprendente.

Que esta enseñanza de Jesús nos inspire a examinar nuestras propias vidas, a ser humildes, a buscar la grandeza a través del servicio sincero y el amor incondicional, sin esperar más recompensa que la escondida en Dios.

Pidamos a nuestra Madre que interceda por nosotros para que el Espíritu Santo nos conceda humildad de espíritu, coherencia entre lo que creemos, lo que queremos, lo que decimos y lo que hacemos. Que solo nos mueva la gloria de Dios, no la propia.